

Plan de continuidad pedagógica

Materia: Prácticas del lenguaje

Curso: 3°B

Profesora: Sandoval Inés

Clase N° 4

Unidad 1

¡Hola estudiantes! Espero que estén todos bien.

A continuación empezaremos con **Literatura ¡Qué alegría!**

***¿Esto pasó de verdad?...No puede ser. Es imposible. ¡Pero parecía tan real..., tan verdadero! Algo así solo puede pasar en un sueño, en una película o en EL CUENTO EXTRAÑO.***

Como verán vamos a leer un cuento extraño, estos cuentos presentan sucesos que parecen sobrenaturales o inexplicables, pero en el desenlace, el lector recibe una explicación racional de los hechos. Los cuentos extraños tienen como característica la vacilación o duda acerca de la naturaleza de los hechos narrados, la atmósfera de misterio o de terror y el desenlace sorpresivo.

Sin embargo, la presencia final de una explicación posible acerca un poco más este tipo de relato al *cuento realista*, aquel en el que el escritor elige narrar sucesos que presentan un mundo familiar y producen en el lector una fuerte ilusión de realidad.

¿De qué hablamos cuando decimos la vacilación del lector?

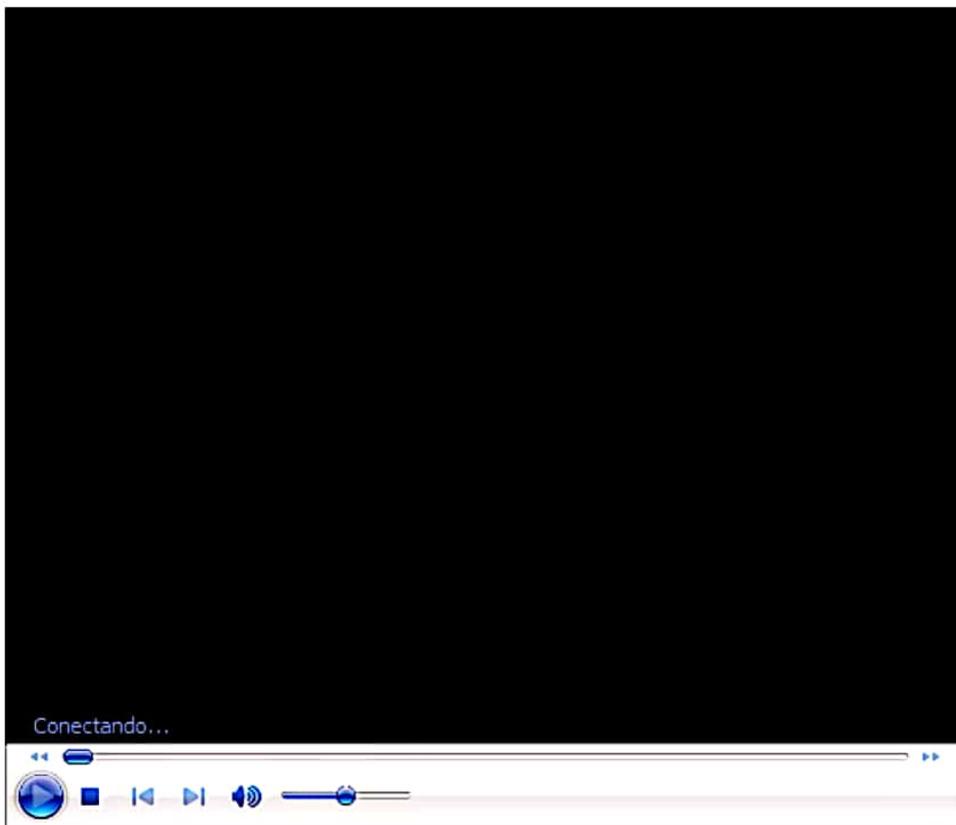
En los cuentos extraños como en los fantásticos, los personajes suelen dudar acerca del carácter suelen dudar acerca del carácter natural o sobrenatural de los hechos que protagonizan. Esta misma incertidumbre es la que experimenta el lector.

En los cuentos extraños, al finalizar la historia, el lector debe tomar una decisión: si opta por una resolución natural y las leyes de la realidad permanecen intactas abandona la vacilación propia de las ficciones fantásticas y se instala en la incertidumbre de lo racional.

¡Les explico la actividad!

- 1- Leer el cuento extraño Corazón Delator de Edgar Allan Poe.
  - a- Expliquen qué argumentos da el protagonista para demostrar que no ha perdido la razón y que su conducta es sensata.
  - b- ¿Por qué decide matar a su víctima?
  - c- ¿Por qué lleva a los oficiales de policía al dormitorio de la víctima?

- d- Propongan una explicación racional de la conducta del asesino y una explicación sobrenatural de lo ocurrido.
- 2- Completen según corresponda:
- a- Cada vez que el viejo posaba el ojo sobre el narrador, este se.....
  - b- Al llegar la octava noche, el viejo.....
  - c- Después del ataque, el corazón del viejo.....
- 3- Escriban una versión de estos hechos haciendo los cambios necesarios para que el narrador esté en tercera persona omnisciente. Pueden comenzar así: *El Hombre se levantó y ...*
- 4- En el trabajo tienen el cuento escrito y además una versión en un video, deberán realizar una comparación entre ambos formatos y explicar:
- a- ¿Cuál es el efecto que te produce ver y escuchar el cuento?
  - b- Escribí si hay similitudes y diferencias entre los dos formatos. Justificá tu respuestas.



# El corazón delator

de Edgar Allan Poe

**¡E**s cierto! Soy nervioso, muy nervioso, espantosamente nervioso. Siempre lo he sido; pero ¿por qué van a decir ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos: no los había destruido, no los había embotado\*. Sobre todo, mi sentido del oído era muy agudo. Oía todas las cosas de los cielos y de la tierra. Oía muchas cosas del infierno. ¿Cómo, entonces, podría estar loco? ¡Escuchen!, y observen cuán saludablemente, con cuánta calma puedo contarles toda la historia.

Me resulta imposible decir cómo me entró la idea en la cabeza al principio; pero una vez concebida, me persiguió día y noche. No tenía ningún objeto. No había ninguna pasión. Yo adoraba al viejo. Él nunca me había hecho nada malo. Nunca me había insultado. Yo no deseaba para nada su oro. ¡Creo que fue su ojo! ¡Sí, fue eso! Tenía un ojo de buitre\*: un ojo azul pálido, con una película sobre su superficie. Cada vez que lo posaba sobre mí, se me helaba la sangre; y así, poco a poco –muy gradualmente– resolví quitarle la vida al viejo, y así librarme para siempre del ojo.

Ahora bien, el punto es este. Ustedes me juzgan loco. Los locos no saben nada. Pero deberían haberme visto. Deberían haber visto lo sabiamente que procedí: ¡con qué cautela\*, con qué previsión, con qué disimulo acometí el trabajo! Nunca fui más amable con el viejo que durante toda la semana antes de matarlo. Y todas las noches, alrededor de la medianoche, giraba el picaporte de su puerta y la abría... ¡ah, tan suavemente! Y luego, cuando la había abierto lo suficiente para que pasara mi cabeza, metía una linterna sorda\*, cerrada, totalmente cerrada, para que no escapara ninguna luz, y entonces introducía la cabeza. ¡Ah, ustedes se habrían reído al ver lo astutamente que la introducía! La movía despacio, muy, muy despacio, de modo de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora meter la cabeza entera en la abertura, hasta que podía verlo yaciendo sobre su cama. ¡Ja!, ¿un loco habría sido tan prudente para hacer algo así? Y entonces, cuando mi cabeza estaba bien metida en la habitación, abría la linterna cuidadosamente –ah, tan cuidadosamente–; la abría justo lo suficiente como para que un único rayo delgado cayera sobre el ojo de buitre. E hice esto durante siete largas noches –todas las noches justo a medianoche–, pero siempre encontraba cerrado el ojo; y entonces era imposible realizar el trabajo; pues no era el viejo el que me sacaba de quicio, sino su mal de ojo\*. Y todas las mañanas, al despuntar el día, iba y me metía osadamente en el cuarto, y le



hablaba resueltamente, llamándolo por su nombre en un tono cálido, y lo interrogaba acerca de cómo había pasado la noche. Así que, ya ven, él tendría que haber sido un viejo muy perspicaz, ciertamente, para sospechar que todas las noches, justo a las doce, yo lo miraba mientras él dormía.

Al llegar la octava noche, fui más cauteloso que lo habitual al abrir la puerta [...].

Tenía la cabeza adentro, y estaba a punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar se deslizó sobre el cierre de chapa, y el viejo se sentó bruscamente en la cama, gritando:

—¿Quién anda ahí?

Me quedé quieto, y no dije nada. Durante una hora entera, no moví ni un músculo, y en ese lapso no lo oí volver a acostarse. Todavía estaba sentado en la cama, escuchando; igual que había hecho yo, noche tras noche, escuchando los bichos perforadores de madera de las paredes.

Entonces oí un ligero gemido, y supe que era el gemido del terror mortal. No era un gemido de dolor o de aflicción —¡oh, no!—; era el suave sonido ahogado que brota desde el fondo del alma cuando está estremecida por el espanto. Yo conocía bien ese sonido. Muchas noches, justo a la medianoche, cuando el mundo entero dormía, se elevaba desde mi propio pecho, volviendo más profundos, con su espantoso eco, los terrores que me asolaban. Digo que lo conocía bien. [...] Pero todo era en vano; porque la Muerte, al aproximarse a él, lo había acechado con su negra sombra, y había envuelto a la víctima [...].

Después de haber esperado un largo rato, muy pacientemente, sin oírlo recostarse, decidí abrir una pequeña, una muy, muy pequeña ranura en la linterna. Así que la abrí —no pueden imaginarse cuán sigilosamente— hasta que, finalmente, un solo rayo débil, como el hilo de una araña, salió proyectado desde la ranura y cayó sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto —abierto de par en par—, y yo me puse furioso al verlo. Lo percibí con perfecta nitidez —de un azul totalmente apagado, con ese horroroso velo que lo cubría, que me heló hasta la médula de los huesos—; pero no pude ver nada más del rostro del viejo ni de su cuerpo: porque había dirigido el rayo como guiado por el instinto, precisamente hacia el condenado punto.

¿Y no les he dicho que ustedes toman por locura lo que es una agudeza excesiva de los sentidos? Ahora, digo, llegó a mis oídos un ruido débil, monótono, acelerado, como el que hace un reloj cuando está envuelto en algodón. Yo conocía bien ese ruido, también. Eran los latidos del corazón del viejo. El ruido aumentó mi furia, como el redoble

de un tambor estimula el coraje de un soldado.

Pero aun entonces, me contuve y seguí quieto. Apenas si respiraba. Sostuve la linterna, inmóvil. Traté de mantener el rayo sobre el ojo, todo lo firmemente que pude. Mientras tanto, el endemoniado redoble de su corazón iba aumentando. Se hacía más y más rápido, y más y más fuerte a cada instante. ¡El terror del viejo tiene que haber sido extremo! ¡Se hacía más fuerte, digo, más fuerte a cada momento! ¿Me siguen? Les he dicho que soy nervioso: así soy yo. Y ahora, a altas horas de la noche, en medio del espantoso silencio de esa casa vieja, un ruido tan extraño como ese me infundió un terror incontrolable. Aun así, durante algunos minutos más me contuve y me quedé quieto. ¡Pero el latido se hacía más fuerte, más fuerte! Pensé que el corazón le iba a estallar. Y entonces se apoderó de mí una nueva angustia: ¡algún vecino iba a oír el ruido! ¡Al viejo le había llegado la hora! Dando un fuerte grito, abrí totalmente la linterna y salté adentro de la habitación. Él chilló una vez, solo una vez. En un instante, lo había arrojado al suelo, y había volcado la pesada cama encima de él. Entonces sonreí alegremente, al ver que el hecho ya estaba consumado. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un ruido apagado. Eso, sin embargo, no me preocupó; no se lo podía oír a través de las paredes. Finalmente, se detuvo.

### Edgar Allan Poe (1809-1849)

Fue un narrador, poeta y periodista estadounidense. Se lo considera un maestro de la narrativa de terror. Entre sus cuentos más famosos se pueden mencionar: "El gato negro", "El pozo y el péndulo", "La caída de la casa Usher". De su genial imaginación nació el detective Auguste Dupin, protagonista de relatos que inauguraron la narrativa policial en lengua inglesa.



### A..... GLOSARIO ..... Z

**embotado:** atontado, entorpecido.

**buitre:** ave que se alimenta de carne muerta.

**cautela:** cuidado.

**linterna sorda:** linterna usada en el siglo XIX, básicamente un farol de lata con una puertita

para dejar salir la cantidad de luz deseada y permitir ver sin ser visto.  
**mal de ojo:** creencia popular acerca de la influencia maléfica que puede ejercer una persona sobre otra mirándola de cierta manera.

El viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, totalmente muerto. Puse mi mano sobre su corazón y la dejé allí varios minutos. No había pulso. Estaba totalmente muerto. Su ojo no iba a volver a molestarme.

Si todavía piensan que estoy loco, ya no lo pensarán más cuando les describa las sensatas precauciones que tomé para ocultar el cuerpo. La noche se acercaba a su fin, y yo trabajé a toda prisa, pero en silencio. Lo primero que hice fue descuartizar el cadáver. Le corté la cabeza y los brazos y las piernas.

Luego levanté tres listones\* del piso de la habitación, y deposité todo entre las maderas. Después volví a colocar los listones tan hábilmente, con tanta astucia, que ningún ojo humano —ni siquiera el de él— podría haber detectado nada fuera de lugar. No había nada que lavar, ninguna mancha de ninguna clase, ningún resto de sangre, nada de nada. Yo había sido demasiado precavido para eso. ¡Ya había ido todo a parar a una cuba\*, ¡ja, ja!

Cuando hube terminado con estas labores, eran las cuatro en punto; todavía estaba tan oscuro como a medianoche. En el momento en que el reloj dio la hora, sonaron unos golpes en la puerta de calle. Bajé a abrir alegremente, porque, ¿qué tenía que temer? Entraron tres hombres, que se presentaron, muy civilizadamente, como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había oído un alarido; había surgido la sospecha de algún delito; alguien había ido a informar a la comisaría, y a ellos (los oficiales) les habían encomendado que registraran la vivienda.

Sonreí, porque, ¿qué tenía que temer? Les di la bienvenida a los caballeros. El alarido, dije, lo había dado yo en un sueño. El viejo, señalé, no estaba, estaba en el campo. Llevé a mis visitantes por toda la casa. Les pedí que registraran, que registraran todo bien. Los conduje, finalmente, hasta la habitación del viejo. Les mostré sus caudales\*, que estaban en su lugar, intactos. En el entusiasmo que me provocaba mi confianza, traje sillas a la habitación, y les expresé mi deseo de que descansarían de sus fatigas, mientras que yo mismo, en la frenética audacia de mi perfecto triunfo, puse mi propio asiento encima del mismísimo lugar bajo el cual reposaba el cadáver de la víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Yo me sentía particularmente cómodo. Se sentaron, y mientras yo les respondía alegremente, ellos conversaban sobre cosas triviales\*. Pero antes de que pasara mucho rato, sentí que me estaba poniendo pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza, y creía percibir un

zumbido en los oídos: pero ellos siguieron sentados y siguieron charlando. El zumbido se fue haciendo más nítido... Seguía, y se hacía cada vez más claro: yo hablaba más resueltamente para librarme de la sensación; pero el ruido seguía e iba ganando firmeza... hasta que al final, descubrí que no venía de adentro de mis oídos.

Sin duda, entonces me puse muy pálido; pero hablaba con mayor fluidez, y en voz más alta. Aun así, el ruido aumentaba; ¿y yo qué podía hacer? Era un ruido débil, monótono, acelerado, muy parecido al ruido que hace un reloj cuando está envuelto en algodón. Me quedé sin aliento; y aun así, los oficiales no lo oían. Hablé más rápido, con mayor vehemencia; pero el ruido aumentaba sin cesar. Me levanté y hablé de nimiedades\*, en un tono agudo y con gesticulaciones violentas; pero el ruido aumentaba sin parar. ¿Por qué no se habrían ido? Me paseé por el cuarto de aquí para allá, dando grandes zancadas, como si las observaciones de los hombres estuvieran excitando mi furia; pero el ruido aumentaba. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer? ¡Echaba espuma por la boca, insultaba, perjuraba! Moví la silla en la que había estado sentado, raspando con ella los listones, pero el ruido era más fuerte que todos los demás y aumentaba continuamente. Se hizo más fuerte, más fuerte, ¡más fuerte! Y aun así los hombres conversaban plácidamente, y sonreían. ¿Era posible que no oyeran? ¡Dios todopoderoso! ¡No, no! ¡Oían! ¡Sospechaban! ¡Sabían! ¡Se burlaban de mi horror! Eso fue lo que pensé, y eso es lo que pienso. Pero, ¡cualquier cosa era mejor que esa tortura! ¡Cualquier cosa era más tolerable que ese escarnio\*! ¡No podía seguir soportando esas sonrisas hipócritas\*! ¡Sentía que tenía que gritar o morir! Y ahora, ¡otra vez! ¡Escuchen! ¡Más fuerte, más fuerte, más fuerte!

—¡Miserables! —chillé—, ¡no finjan más! ¡Confieso los hechos! ¡Arranquen esos listones! ¡Aquí, aquí! ¡Son los latidos de su espantoso corazón!

Traducción de Pablo Usabiaga.  
Edgar Allan Poe, *El gato negro y otros cuentos*.  
Buenos Aires: La estación, 2010.

#### A ..... GLOSARIO ..... Z

**listón:** tabla de madera. En las casas antiguas, el piso se armaba sobre un armazón a unos 30 cm del suelo, por eso cuando se camina suena hueco.

**cuba:** balde.

**caudal:** se refiere al

dinero o las riquezas.

**trivial:** sin importancia, superficial.

**nimiedad:** una pequeñez, detalle sin importancia.

**escarnio:** insulto u ofensa.

**hipócrita:** falso o falsa.

